

David Hormíguez

Y la gran torre



Barcos de Papel
Serie VELAS AL VIENTO



DAVID HORMÍGUEZ
Y LA GRAN TORRE

Barcos de Papel / serie Velas al Viento

David Hormíguez y la gran torre fue ganador, en la categoría de cuento, del XI Concurso Regional de Literatura para Niños que convoca el Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato –como parte del programa Alas y Raíces–. El jurado estuvo integrado por Gabriela Astorga, Armando Vega Gil y Patricia Laurent.

Del texto:

© Anuar Jalife Jacobo

De las ilustraciones:

© Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato

Ilustradora: Patrizia Montiel

Diseño de interiores: Tonatiuh Mendoza

Versión electrónica: Virginia DíazMartínez

David Hormíguez y la gran torre

Anuar Jalife Jacobo



EDICIONES LA RANA

De esta edición:

D.R. ©  EDICIONES LA RANA

Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato

Callejón de la Condesa núm. 8

36000 Guanajuato, Gto.

Primera edición en la serie “Velas al Viento”
de la colección *Barcos de Papel*, 2015

Primera versión electrónica, 2020

DAVID HORMÍGUEZ
Y LA GRAN TORRE

Anuar Jalife Jacobo

Muchos no me creen cuando se los cuento. Dicen que son inventos míos o que lo aluciné, pero en la primaria de Capulín de la Cuesta hubo un niño que estuvo a punto de tirar la torre de tazos más alta del mundo y luego desapareció. Todavía hoy no se sabe si lo tienen encerrado, lo hicieron pozole o anda viajando alrededor del mundo. Nadie cree que algo así pudiera pasar en un lugar como Capulín de la Cuesta, un pueblo enclavado en la sierra, dividido por una carretera solitaria y un río sin agua, donde parece haber sólo pirules. Pero yo lo conocí un verano de hace algunos años, en la época en que aparecieron los primeros tazos, éstos que fueron la fascinación de cientos de nosotros. En aquel entonces, no había rato libre que los niños de la primaria no dedicáramos a jugar. Lo hacíamos a escondidas porque la señora directora, María Guevara de los Pelícanos, consideraba los tazos un juego de azar y nos los tenía estrictamente prohibidos. El mejor jugador de tazos de la primaria era el hijo del carnicero, Brandon Sánchez, un niño del 6° C de más de cien kilos y casi dos metros de estatura, al que llamábamos Brandolón. Algunos decían que tenía ese tamaño porque sus papás lo alimentaban con carne desde que era un chiquito de meses, otros que desayunaba medio litro de hígado de

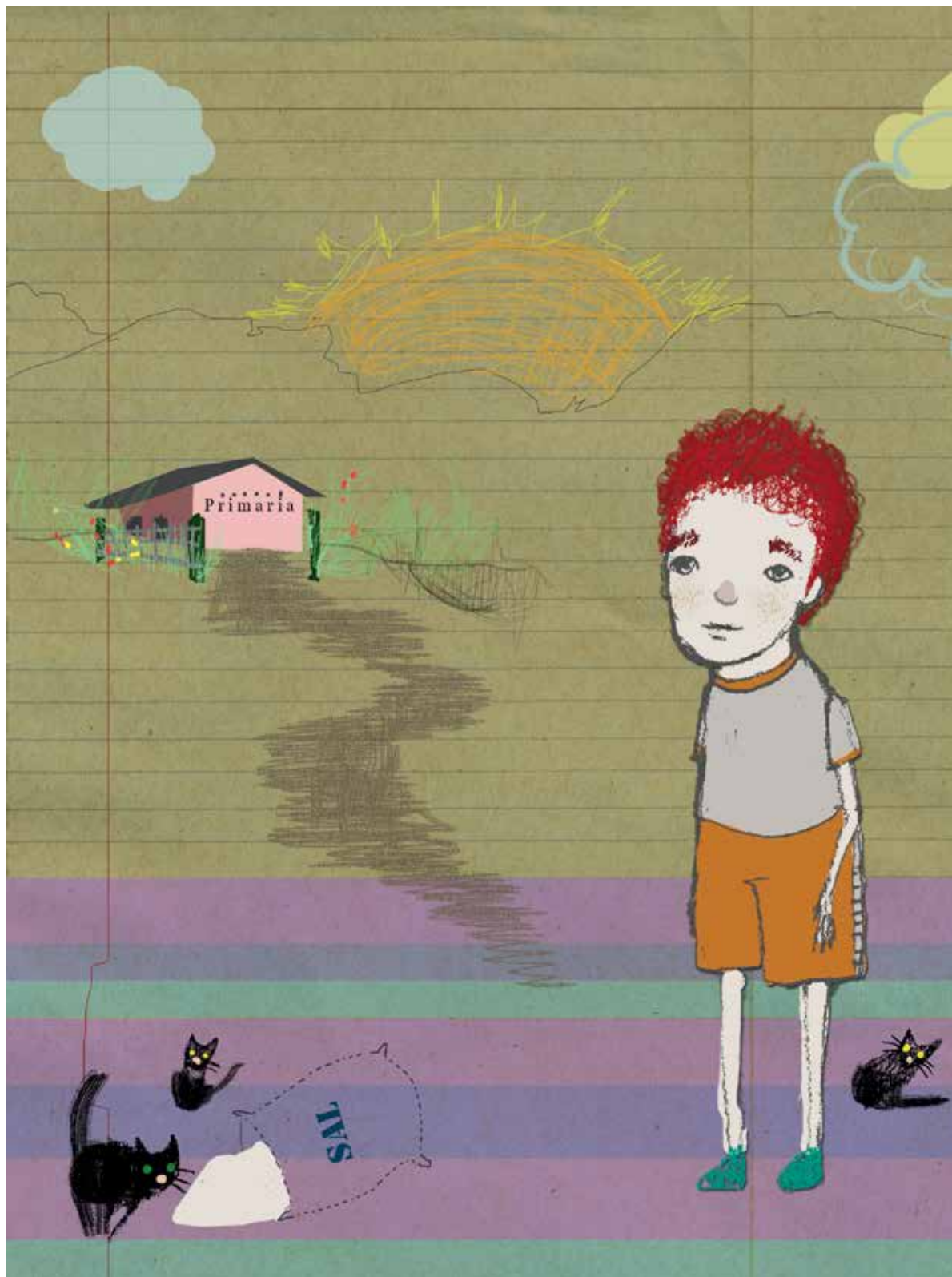
bacalao todos los días, otros que simplemente era grandote y ya. El peor jugador de tazos era yo, Benjamín Agüero, del 4° B, mejor conocido como Benjamín *Malapata* debido a mi historial de dos espejos quebrados, tres gatos negros vistos y más de cuarenta gramos de sal derramada por accidente.

Brandolón se dedicaba a retar a los tazos a todo el que se le pusiera enfrente. Él, por supuesto, siempre resultaba el ganador; no sólo porque tiraba fuertísimo sino porque tenía todo un repertorio de trucos, mañas y trampas para jugar, como pegar dos tazos con saliva para tirar más fuerte o soplarle a los tazos esquinados para poder voltearlos. Al cabo de unos meses Brandolón había ganado todos los tazos de Capulín de la Cuesta; todos excepto uno mío, que había olvidado llevarse tras ganarme un juego. Era un tazó con la figura del pato Plucky pegado a un poste de luz con la frase “Chupaste faros”. Desde ese día –sin imaginar lo que iba a pasar después– lo consideré mi amuleto de la suerte

Una mañana de aquel verano, la directora se presentó en mi salón. Apenas entró se hizo un silencio absoluto. Todos en la primaria, incluso Brandolón, le temíamos. Algunos decían que era una monja que se había escapado de un convento, otros que era una bruja famosa de Sierra de Lobos, otros que era una señora solterona y ya. Lo cierto es que su aspecto aterrorizaba: una larga trenza cana, suéter negro de cuello de tortuga, manos pálidas y huesudas, falda color rata hasta los tobillos y medias oscuras a través de las cuales lograban escaparse algunas hileras de vellitos negros y puntiagudos, que sólo de verlos provocaban comezón. Detrás de ella se asomó un niño tan, tan, tan bajito que apenas se alcanzaba a ver entre los pupitres.



La patipelluda



—Éste es David Hormíguez —dijo la directora—. Viene de la horrorosa Capital a nuestro pequeño pero tranquilo pueblo, y a partir de ahora será su nuevo compañero.

Eso fue todo lo que dijo y le dio un empujoncito al diminuto David, que cruzó el salón y ocupó el único lugar que estaba vacío, junto a mí, con quien nadie se quería sentar por miedo a contagiarse de mala suerte. Pero David, que no era supersticioso o que, por lo menos, no conocía mi trágica historia, no tenía problemas con eso; ocupó aquel lugar y a partir de ese momento se convirtió en mi mejor amigo.

El final del verano pasaba con tranquilidad entre oleadas de sol y lluvia. La calma que respirábamos en Capulín de la Cuesta sólo se veía interrumpida por las burlas y las bromas pesadas de Brandolón. Nadie se escapaba de ellas, pero el hijo del carnicero se ensañaba particularmente con David por ser el nuevo de la escuela y, sobre todo, por su peculiar tamañito. Cada vez que se encontraba con mi amigo, Brandolón le bautizaba con un nuevo apodo: *Chapárrez, Enánez, Piojénez, Pulgónéz, Gusánez*, etcétera.

—¿Y a éste qué le pasa? —me preguntó David la primera vez que Brandolón le puso un apodo.

—No le hagas caso —le dije—, se cree mucho porque tiene una colección de tres mil tazos.

—¿Tres mil tazos? —dijo con algo de sorpresa y luego agregó fingiendo calma—: ¡bah!, a mí no me gustan esas cosas.

Así se iban los días hasta que una tarde como cualquiera a la hora de salida, Brandolón pasó junto a David y le embarró un mango con chile en la cabeza. El grandulón le había dicho de todo al pequeño David pero nunca le había tocado un pelo ni mucho menos le había embarrado nada



Tarea:

Para combatir Afecciones
Enflaquecimiento, Anemia
No hay nada

La Emulsión

(de Aceite puro de Hígado)

IMPORTANTE.—En caso de
tos, irritación o preparación
burbata. El cuidado de la
medicación inferior. Esta



pegajoso, y tal parece eso era algo que mi amigo no iba a tolerar de ninguna manera.

—Ya estuvo bueno —dijo entre dientes—. Le voy a dar donde más le duele.

—¿Una patada en los bajos? —le pregunté.

—No. ¿Cómo crees? Ni siquiera se los alcanzo —me respondió y luego le gritó al otro, que iba unos pasos adelante riéndose y chupándose los pedazos de mango que todavía traía entre los dedos—: ¡Brandolón, te reto mañana a un juego de tazos!

Brandolón se detuvo, volteó y miró hacia abajo al pequeño David:

—Jajaja. Ya te volviste loco *Pitufínez*. Jajaja.

—Bueno —dijo David encogiéndose de hombros—, si te da miedo no lo tienes que hacer.

Brandolón paró de reír y replicó con los cachetes rojos:

—¿Por qué hasta mañana? De una vez, *Microbínez*.

—No, porque éste va a ser un duelo especial —dijo David con toda calma—. Serán tus tres mil tazos contra mis tres mil tazos.

—Tú ni siquiera tienes tres mil tazos —respondió el grandulón.

—Si te da miedo... —insistió David.

—Va, mañana a esta hora: tus tazos contra mis tazos —dijo Brandolón y se marchó.

Yo no podía creer lo que David acababa de hacer. Él mismo me había dicho que no le gustaban los tazos. Y aunque le hubieran gustado, tenía que estar loco para jugar con Brandolón, a quien ni siquiera los de secundaria se atrevían a retar.



¡Brandolón, te reto mañana
a un juego de tazos!





—¿Y ahora de dónde vas a sacar tres mil tazos? —le pregunté.

—Te voy a enseñar algo —me respondió con una sonrisa—. Acompáñame a casa de mi abuelos.

Decidí acompañarlo por curiosidad. Entramos a la habitación donde se estaba quedando. Era una especie de bodega para triques que le habían acondicionado como cuarto. Detrás de un viejo ropero David sacó trece cajas de zapatos. Al abrirlas pude descubrir su colección de tres mil tazos, ni uno más ni uno menos. Era asombrosa. Mientras los revisábamos, David me contó las verdaderas razones por las cuales sus papás lo habían enviado a Capulín de la Cuesta. Me dijo que en la Capital él era el mejor jugador de su primaria. Por su estatura nunca había sido bueno en ningún deporte, así que cuando descubrió los tazos, que los puede jugar quien sea sin importar su tamaño, decidió convertirse en un campeón y lo consiguió con horas y horas de entrenamiento. Jugaba —según me dijo— antes de irse a la escuela, en el recreo, a la hora de la salida, durante la comida, toda la tarde en la calle y antes de irse a dormir; en ocasiones, llegaba a despertarse a media noche para jugar un poco o jugaba en sus sueños. Esta situación, como era de esperarse, ya preocupaba un poco a su papá, pero la gota que derramó el vaso cayó un día en que el señor Hormíguez llevaba más de una hora esperando a que David saliera del baño:

—¿Ya mero, hijo? —le preguntaba desesperado.

—Ya mero, papá —respondía David.

—¿Ya mero? —volvía a preguntar.

—Ya mero —respondía David.

El señor danzaba apretando las piernas frente a la puerta del baño, hasta que se acercó a preguntar una vez más y escuchó un sonido extraño, como de cosas golpeándose; imaginándose de qué se trataba, decidió abrir la puerta y, tal como lo esperaba, se encontró con David jugando tazos en la bañera.

—Es el colmo, hijo, casi me hago en los pantalones —le dijo—. Déjame entrar, que ya no aguanto... ¡Y ahorita que salga te voy a regañar como se debe!

Y así fue. A partir de ese día no sólo le prohibieron los tazos a David sino que el señor Hormíguez creyó conveniente enviarlo a vivir un tiempo con sus abuelos a Capulín de la Cuesta, pensando que en este pequeño pueblo estaría lejos de los tazos. David había conseguido empacar a escondidas su colección completa para tenerla sólo como recuerdo, pues se había prometido a sí mismo no jugar más, cosa que había cumplido hasta esa tarde.

—Con tal de poner en su lugar a Brandolón, vale la pena romper tu promesa —le dije cuando descubrí que su historia le avergonzaba un poco—. Eres el único que puede ponerlo en su lugar.

—Tienes razón —me dijo convencido.



A la mañana siguiente había gran expectativa en la primaria. Se había corrido la voz sobre el duelo y todos lo esperaban con ansias. David llegó con el uniforme impecable, oliendo al agua de colonia de su abuelo y con sus tres pelillos de barba afeitados. Brandolón, fiel a su costumbre, traía su viejo suéter con las mangas embarradas de mocos secos, una enorme esclava de

oro que decía “Juan Brandon” y algo gris arriba del labio que no se sabía si era un bigote o mugre. En cuanto sonó la chicharra que anunciaba el recreo, ambos se dirigieron a un pequeño patio que estaba junto a los baños: el rincón más alejado de la escuela. Alrededor de ellos se hizo una bolita de casi una centena de niños. Nadie se atrevía a decir nada. Se escuchaban sólo cuchicheos. Uno a uno, David y Brandolón fueron acomodando sus tazos. No llevaban ni la mitad cuando fue necesario traer sillas para que alcanzaran la cima de la torre –aunque a David se le tuvo que traer desde el principio– y luego hubo que ayudarlos a subir a la azotea de los baños para que colocaran los últimos tazos hasta apilar los seis mil –aunque a David además hubo que cargarlo para que alcanzara la parte más elevada. Unos dicen que la torre era tan alta que se alcanzaba a ver desde cualquier punto de la escuela, otros aseguran que se podía ver en todo Capulín de la Cuesta y otros dicen que se veía alta y ya. Lo que estaba claro era que con una torre de ese tamaño el primero en tirar sería el ganador.

—Pido primeras –se apresuró a decir el de 6° C, pero el resto de los niños lo acusamos de tramposo y pedimos que el turno se decidiera con un piedra-papel-o-tijera. Brandolón aceptó a regañadientes.

—Un, dos, tres; piedra, papel o tijera –dijeron los jugadores.

Brandolón mostró su enorme puño apretado: piedra; David, su pequeña mano extendida: papelito. Todos festejamos: David era prácticamente el ganador. Brandolón sudaba, reclamaba, pedía que se repitiera el piedra-papel-o-tijera pero nadie le hacía caso, todos estábamos esperando a que el tiro de David derribara la inmensa torre y acabará con el reinado del

hijo del carnicero. Hormíguez se preparó para tirar, hurgó en sus bolsillos buscando un tazó y cayó en cuenta de que todos se encontraban apilados.

—Voy a tomar uno de mis tazos de la torre para tirar —dijo.

—¡No se vale, no se vale! —gritó Brandolón— Eran tus tres mil contra mis tres mil. Si lo quitas, yo gano por default.

Esta vez tuvimos que aceptar que tenía la razón: el duelo se había acordado en esos términos y no podía cambiarse a la mera hora. David pidió un tazó prestado para tirar pero se olvidaba que en esa escuela nadie tenía ninguno desde hacía mucho tiempo, pues todos los había ganado Brandolón, quien estaba a punto de celebrar su nueva y más grande victoria. El gigante ya estaba dando brincos de gusto cuando recordé lo que siempre cargaba en mi bolsillo izquierdo:

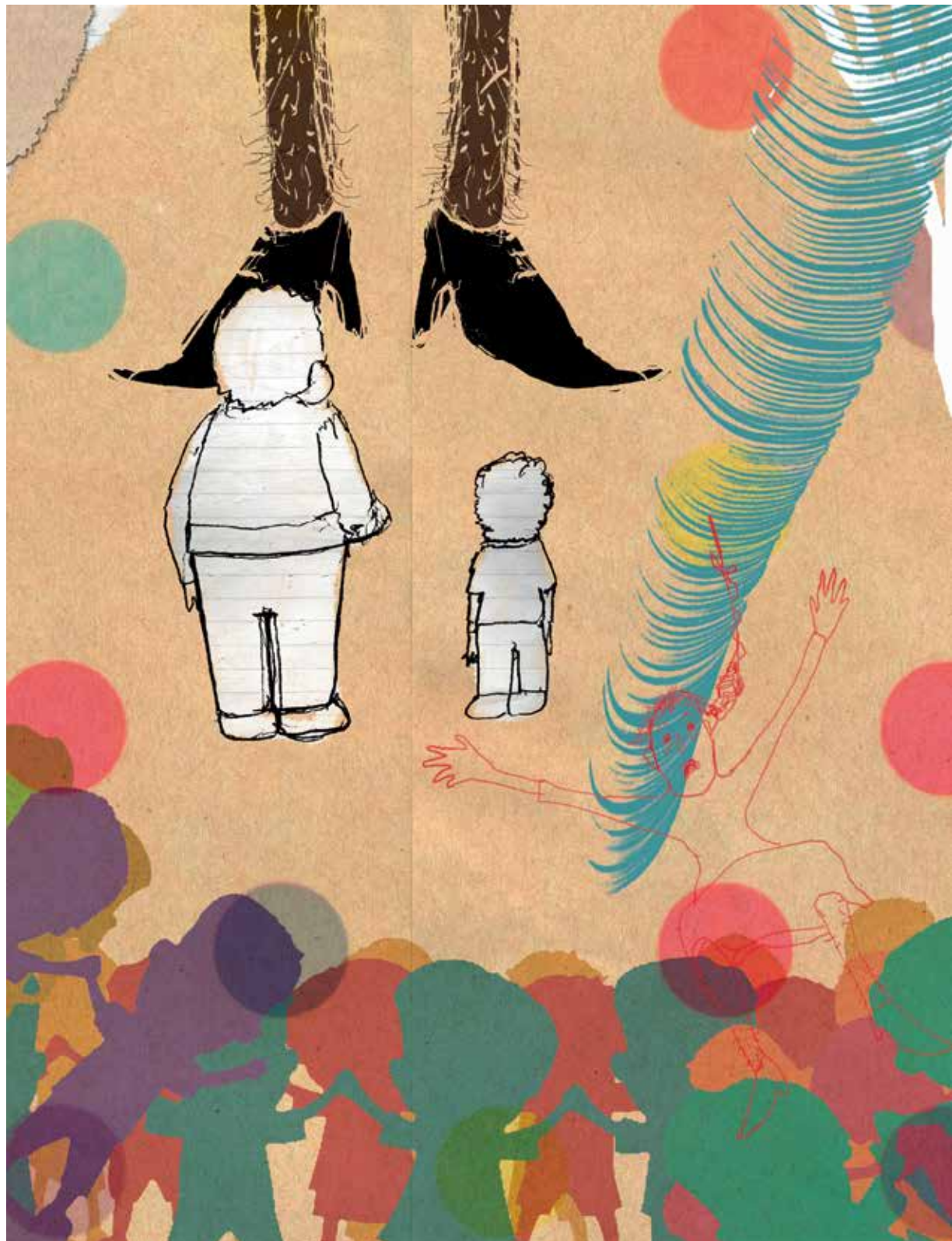
—David, usa mi tazó de la suerte —dije.

—De la mala suerte, dirás —me corrigió Brandolón, confiado en que mi tazó estaba, como dicen, *salado*.

—Yo no creo en esas cosas —dijo David y cogió el tazó—. Muchas gracias, Benja.

Todos guardamos silencio. David recorrió con la mirada la torre, caminó alrededor de ella buscando el punto exacto dónde tirar, finalmente pareció decidirse por la parte media, donde había un tazó mal acomodado; tomó una gran bocanada de aire, apretó los párpados, levantó el brazo por encima de su cabeza empuñando el tazó con todas sus fuerzas, como si fuera una piedra, y...

—¡Hasta mi oficina se ve esta condenada torre! —gritó la directora—. ¡Ya les he dicho que no deben estar jugando con esas cosas! ¡Se me van todos de aquí, hijos de la carabina!





Casi un centenar de niños quisieron emprender la huida como ratones que ven a un gato:

—¡La direloca Guevara! ¡La patipeluda! ¡La pelícanos! —gritaban.

La direloca... perdón, la directora no atinaba a coger a uno solo de los cabellos porque eran tantos que no podía decidirse por cuál. Se movía en círculos pensando a cuál pescar mientras gritaba sus clásicas instrucciones:

—¡No corro, no grito, no empujo!

Pero los niños corrían, gritaban y empujaban, y hasta a ella le tocó un buen empujón (de un niño que iba corriendo y gritando) que la hizo derrumbarse sobre la torre. Los seis mil tazos salieron como bolo. Viendo a la directora indefensa, el tropel de niños que corrían alrededor para no ser capturados se abalanzó sobre el botín, como piratas sobre un tesoro. Hubo descalabrados, fracturados y escupitajeados. Entre el caos, yo sólo pude recuperar mi taza de la suerte (o de la mala suerte, como quieran).

La directora no se pudo incorporar hasta después de media hora, cuando entre todos los maestros, las secretarias y los intendentes lograron controlar a las hordas de saqueadores.

—¡Santa Eduviges Viuda, santa Catalina Coja, santa Melchorita Adoración, sálvenme de estos chamacos! —se escuchaba que decía mientras se ponía de pie, con la trenza desecha y los pelillos de las piernas despeinados.

Cuando por fin estuvo erguida, miró con rabia a Brandolón y David que se habían quedado inmóviles, sin poder creer lo que acababa de ocurrir. Furiosa, con los ojos inyecta-

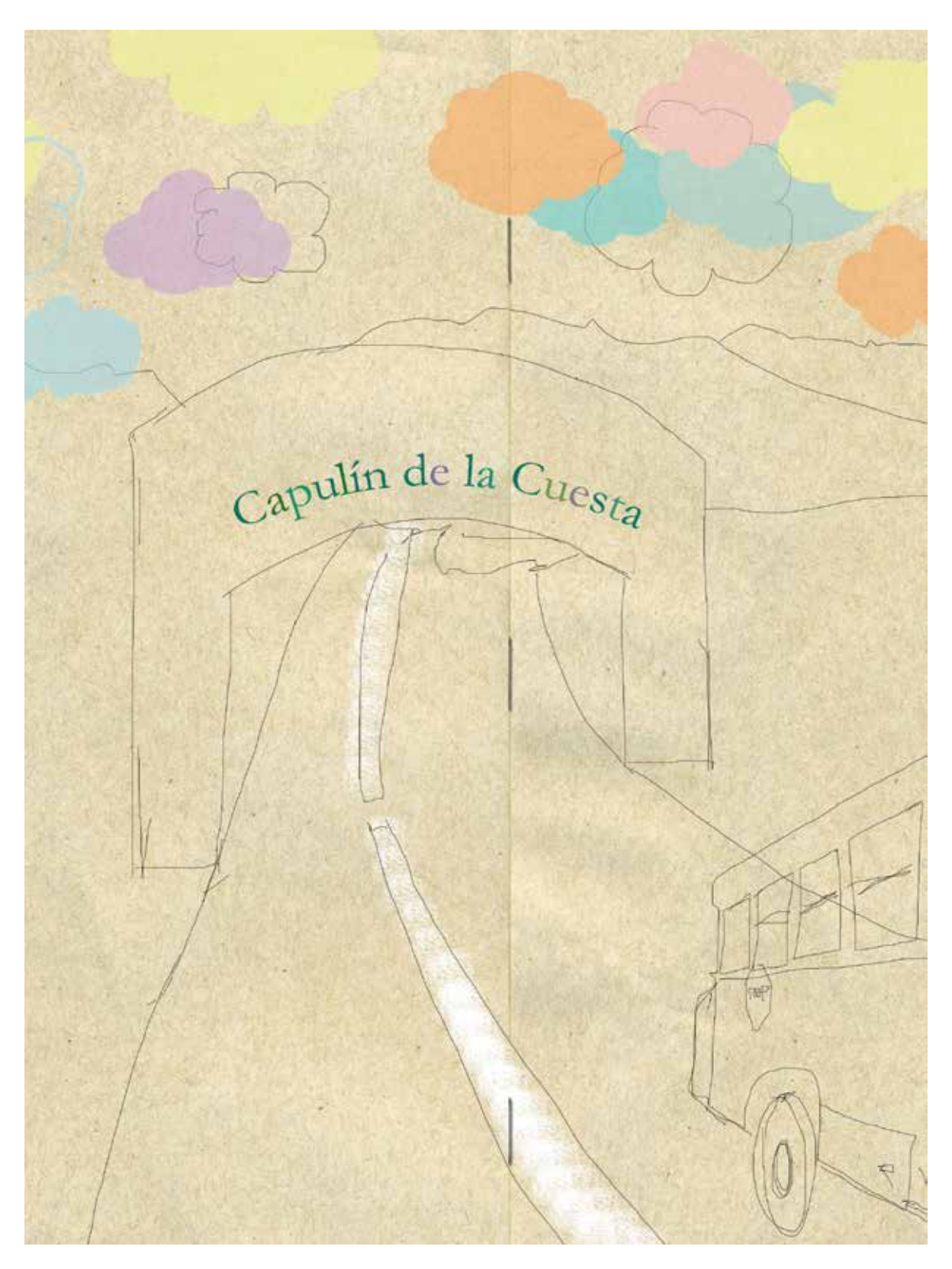


dos de sangre y la nariz moquienta, se los llevó a la Dirección de las patillas.

—Ahora se van a enterar, diantres de chamacos —decía mientras los arrastraba por el patio ante la mirada de cientos de niños heridos y polvosos pero con las bolsas y los puños llenos de tazos.

Nadie nunca los vio salir de ahí. Algunos, convencidos de que la directora es bruja, dicen que los hizo pozole y los dio en la quermés de ese año; otros aseguran que, por ser tan buenos jugadores, vino por ellos gente de la Federación Internacional de Tazos Asociación (FITA) y ahora participan en torneos alrededor del mundo; otros dicen que nada más los expulsaron y ya. Nadie sabe qué fue lo que pasó en realidad, y algunos dudan de que algo haya pasado siquiera. Por eso ahora cada vez que llega un niño nuevo a la escuela lo llevo al patio que está junto a los baños y, con mi taza del pato Plucky en la mano, comienzo a contarles:

Muchos no me creen cuando se los cuento. Dicen que son inventos míos o que lo aluciné, pero en la primaria de Capulín de la Cuesta hubo un niño que estuvo a punto de tirar la torre de tazos más alta del mundo y luego desapareció...



A hand-drawn illustration on a piece of brown, textured paper. The scene depicts a landscape with a road leading towards a distant horizon. In the foreground, a road with a dashed center line curves from the bottom left towards the center. To the right of the road, a simple line drawing of a bus is shown, facing left. The background features a range of mountains or hills. Above the landscape, several stylized, colorful clouds are drawn in various shapes and colors, including yellow, orange, pink, teal, and purple. The text 'Capulín de la Cuesta' is written in a green, slightly curved font across the middle of the image, positioned above the road and below the mountains.

Capulín de la Cuesta

Para la elaboración de este libro se utilizó
el tipo Warnock Pro.

Cuidado de la edición: Luz Verónica Mata González
Formación: Tonatiuh Mendoza



EDICIONES LA RANA